

Editorial

La academia, su burocracia y la “vieja normalidad”

GASTÓN JULIÁN GIL*

CONICET - Universidad Nacional de Mar del Plata

Este número es el primero que se concreta en lo que ya podría considerarse como definitiva pospandemia. El regreso a lo que en algún momento se llamó “vieja normalidad” se fue produciendo de manera progresiva, más allá de los diferentes ritmos que los diferentes estados (algunos países todavía se aferran al “estado de excepción”) han implementado para regresar completamente a esa normalidad que al parecer nunca fue “vieja”. En el ámbito académico y en la educación en general, la modalidad remota ha quedado como un recurso más, en muchos casos de “emergencia” pero también como un modo de favorecer posibilidades de acceso (por ejemplo seminarios de posgrado) antes poco ensayadas. Pero más allá de las necesidades puntuales desde lo individual y lo institucional, esa “presencialidad” ha vuelto a ser la norma para nuestras actividades cotidianas. Si bien no son pocas las reuniones científicas que aprovechan la virtualidad o experimentan la bimodalidad, la plenitud de nuestros principales rituales de interacción está volviéndose a imponer, también con diferentes ritmos y estilos institucionales. Por supuesto, no son pocas las instituciones que se resisten a reponer la plenitud de esos rituales, en algunos casos sobre comprensibles criterios presupuestarios. Además de las clases, algunas comisiones de evaluación, las mencionadas reuniones científicas o las defensas de tesis han ido recuperando esa dimensión ritual de copresencia corporal sin la que pierden aquella efervescencia sobre la que teorizó Emile Durkheim (1912). En ese sentido, hace casi 20 años, y seguramente sin siquiera imaginar la política global de *confinamiento de los sanos* que se aplicó durante la pandemia de COVID-19, uno de los más lúcidos representantes de la teoría social contemporánea, Randall Collins (2004), postulaba que aquellas actividades humanas mediadas por la tecnología garantizan bajos niveles de intensidad ritual y, por consiguiente, menos solidaridad grupal y respeto por aquellos símbolos que dotan de sentido y, eventualmente, de sacralidad a las interacciones, los encuentros y hasta los instituciones involucradas. Por el contrario, aquellos simulacros (sobre todo las clases, en todos los niveles educativos) llegaron a ser propuestos como “nueva normalidad” e inclusive como instancias superadoras de la “vieja normalidad”. Hasta se confió en que era viable y sostenible cortar de plano con gran parte de los rituales de interacción que nos definen como sociedad y como personas. Primero como “emergencia sanitaria”, los confinamientos y las actividades remotas se transformaron en todo un programa político y de control social en diferentes lugares del planeta. Semejante cosmovisión sólo es posible si se desprecia el carácter transformador de la actividad ritual y el papel relevante de las emociones para su plena concreción, y en particular la generación de energía emocional

* Investigador Independiente del CONICET. Profesor titular regular de Antropología y Director del Centro de Estudios Sociales y de la Salud (CESyS), Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social, Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: gasgil@mdp.edu.ar  orcid.org/0000-0002-8112-2119

para la vida cotidiana que permiten los rituales de interacción. Más allá de que definamos a las personas, como lo hace Collins (2004), como buscadoras de energía emocional, lo cierto es que un mundo sin esta clase de interacciones en la cotidianidad, las definamos o no como rituales en clave goffmaniana (Goffman, 1959; 1967), no sólo pierden sentido sino que tal vez sean por completo inviables.

La academia, la energía emocional y la burocratización

Precisamente la energía emocional es una categoría fructífera para analizar el campo científico. Por ejemplo, las trayectorias de los académicos destacados se pueden entender principalmente a partir de la interacción ritual y la energía emocional que generan las diversas situaciones (Collins, 2002) en el campo científico. Esta revista ha sido concebida precisamente como una de tantas situaciones generadoras de energía emocional para el grupo de investigación que la gestiona, pero también para todos los que han sido parte de los cuatro números editados. Por supuesto, la actividad académica está plagada de otras situaciones que drenan la energía emocional de los actores, muchas de ellas ligadas a su creciente burocratización. Ello es mucho más notorio a medida que se avanza en el sistema científico, dado que cada actor acumula, con el progreso de su carrera académica, un mayor peso en sus obligaciones burocráticas. Así es que el llenado de formularios, la misma elaboración de los proyectos, la redacción de informes y los distintos modos en que los académicos rendimos cuenta de nuestro trabajo resultan, en ocasiones, por completo abrumadoras y demandan una cantidad de tiempo y recursos considerables. Ello siempre y cuando no se deleguen algunas de esas labores, o incluso todas, en becarios y dirigidos. Además, la administración de los proyectos y sus distintos -y en ocasiones contradictorios- criterios de rendición de gastos suelen ser otras complicaciones extras para los académicos que acumulan responsabilidades administrativas. Por ejemplo, en la Argentina una situación por demás frecuente es que el investigador cuente con tres líneas de subsidios en sus diferentes proyectos, en los que las secretarías de investigación de las universidades, la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) y el propio Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) tienen criterios diferenciales que conducen a permanentes confusiones en el propio actor que rinde cuentas, y que con sus errores también sobrecarga las tareas del personal administrativo. Y ello sin profundizar en las lógicas de muchos de estos subsidios que no contienen mecanismos que les permiten a sus responsables obtener fondos a modo de adelanto para concretar las distintas compras, en ocasiones equipos muy costosos, además de otros gastos corrientes. Se trata de imposiciones administrativas que solemos aceptar con una absoluta pasividad más allá de las quejas y reclamos informales constantes que se producen en el campo científico pero que nunca conducen a acciones concretas y transformadoras.

De todos modos, la labor científica-académica se encuentra frente a otro tipo de desafíos de mayor envergadura, y uno de los más relevantes (sino el más) refiere a los mecanismos de evaluación de la producción científica. Aunque en la Argentina nunca impactaron los criterios de evaluación de la ciencia más extremos promovidos por el *New Public Management* en el Reino Unido, y difundidos desde allí al resto del mundo, no por ello nuestro contexto está exento de reflexionar de manera seria y consistente sobre algo que los propios impulsores ya se están replanteando. En el Reino Unido se han registrado debates en torno la implementación de las métricas en la evaluación y gestión de la ciencia y, de manera puntual, sobre las notorias distorsiones que provoca en la labor académica.¹ En efecto, los usos extremos de la cienciometría

¹ Debo el conocimiento minucioso de estas controversias al colega de la Universidad Nacional de Cuyo y del CONICET, Osvaldo López Ruiz, quien me compartió un manuscrito aún no publicado en donde analiza rigurosamente los debates y dilemas en torno a los criterios de evaluación de la ciencia dominantes en las últimas décadas en el Reino Unido y sus repercusiones en las experiencias de otros países.

como criterio exclusivo de validación plantean problemas evidentes que van más allá de los cuestionamientos a la implementación de lógicas provenientes del campo empresarial. Cuando la ciencia abandona sus propios criterios de validación para entregarse a lógicas que no fueron concebidas para su propia práctica, el sueño mertoniano de la torre de marfil (Merton, 1949) sufre otro asalto devastador. Ese ideal de autonomía relativa de la ciencia se esfuma cuando se adoptan lógicas empresariales (incluso de manera superficial) o se relegan las sutilezas de los saberes expertos frente a la implementación irreflexiva de índices en boga, tales como el factor de impacto de las revistas o el índice “h” de cada investigador. Y ello por no hacer referencia a los *grant income targets*² que no se aplican en la Argentina. Por supuesto, la heteronomía en el campo científico también se expresa con virulencia cuando una buena parte de la academia se entrega a las agendas y las claves de interpretación de política partidaria.

Si bien en la Argentina todavía estamos lejos de esas presiones para atraer fondos, puede resultar conveniente adelantarse a esos problemas y hacerlos dialogar con los que en verdad afectan al sistema científico argentino. Si se apuesta a una mirada reflexiva sobre nuestra propia práctica, también puede resultar valioso abordar en la misma clave de qué modo está funcionando “la evaluación por pares”, el criterio experto por excelencia de la actividad científica que, si bien no puede ser reemplazado por el uso abusivo de las métricas, tampoco está exenta de abusos y manipulaciones. Por ejemplo, la conformación de las comisiones de evaluación poco balanceadas en organismos como el CONICET o la apelación a “bancos de evaluadores” son prácticas por demás corrientes. Más allá de que existan reglamentaciones y declaraciones de principios que atiendan a valores tales como el “federalismo”, la “equidad” o que la evaluación de la investigación demuestre sensibilidad ante los diversos contextos de trabajo y/o diversidades entre disciplinas, ello no garantiza su cumplimiento. Porque cuando la heteronomía se apodera como lógica hegemónica en los organismos de investigación y los espacios de poder están cooptados por grupos definidos y sus afines, en ocasiones la cienciometría es lo único con lo que se cuenta como parámetro “objetivo” frente a la discrecionalidad de los “pares”, sea intencionada o naturalizada. Cada período cíclico en el que se conocen los ingresos a carrera de investigador y la asignación de becas en el CONICET despierta encendidos debates, muchos de ellos subterráneos, sobre los profundos sesgos que se advierten, se sospechan o simplemente se imaginan, en torno a los resultados de cada convocatoria. Más allá de la existencia o no de esos sesgos, los desequilibrios regionales de nuestro sistema de ciencia y técnica, al menos en las ciencias sociales, se están intensificando sin que se adviertan acciones tendientes a una asignación de recursos más equitativa y de carácter genuinamente federal. Todo un caso a explorar sobre el conocido “efecto Mateo” (Merton, 1968) que en Argentina tiene sus ribetes particulares. Y por supuesto, el “peer review” no está exento de otro tipo de cuestionamientos, como la tendencia a reproducir la “ciencia normal” y censurar las ideas innovadoras que no se ajusten al *mainstream*.

La continuidad editorial

Para este número, *Aiken* vuelve a su formato de tres artículos, una traducción y dos reseñas. Las contribuciones inéditas en forma de artículos resumen en cierta medida el pluralismo temático y disciplinar de la revista. El perfil definido desde el primer número ha sido interpretado por todos los autores que han hecho posible (junto con los revisores y los integrantes del equipo editorial) que este proyecto siga vigente y cumpla con cuatro números de publicación periódica semestral. De esta manera *Aiken* estará en condiciones de solicitar indexaciones que permitirían proyectar a la revista como un espacio de relevancia en la academia argentina.

² Refiere a los montos de financiamiento que a los investigadores, departamentos, laboratorios se les fijan como objetivos a obtener en un período de tiempo.

El primer artículo “Percepción social del riesgo y repertorios de acción frente a las fumigaciones con agroquímicos. Una etnografía en Sastre y San Jorge, Santa Fe, Argentina”, corresponde a Camila Jorge. Se trata de un texto que aborda problemáticas ambientales y sanitarias a partir de una categoría analítica que se ha mostrado sumamente operativa: la percepción del riesgo. Esta etnografía se propone explorar la distinción de los “repertorios de denuncia” y los “repertorios de silencio” para dar cuenta de esa percepción social del riesgo ante las fumigaciones con agroquímicos en localidades rurales santafecinas. En consecuencia, este abordaje desafiante logra identificar en un “caso” a distintos actores en torno a conflictos que se replican en diferentes contextos con resultados disímiles. Activistas ambientales, actores estatales, “agentes modernizadores”, funcionarios judiciales, trabajadores, vecinos, entre otros, configuran un escenario en el que conviven, colisionan y eventualmente se complementan discursos y valores que pueden priorizar, según los casos, la salud colectiva, el cuidado del medio ambiente o el desarrollo económico. Pero además del foco colocado en el conflicto, en el texto se busca comprender el papel que juega el cuerpo como lugar de inscripción del daño ambiental, además de recurso clave para los repertorios de denuncia. En definitiva, el artículo no sólo es una contribución a la comprensión de la percepción social del riesgo sino también de los procesos de control social que, en este caso, pueden derivar en silencios colectivos. Y en otro nivel de análisis, este tipo de etnografías proporcionan herramientas valiosas para pensar líneas de intervención, por ejemplo de gestión pública, en conflictos ambientales y de salud colectiva.

“Dismorfia corporal en *TikTok*. Entre los trastornos mentales y las modificaciones corporales”, de Irene Calderón Mazzotti y Erick Daniel Cruz Mendoza, es un excelente ejemplo del tipo de investigaciones que se hacen imprescindibles en nuestra contemporaneidad. Al concentrarse en una de las plataformas digitales más relevantes del presente, los autores se enfrentan al desafío de comprender este mundo en red que requiere de sofisticadas etnografías digitales. El caso de *TikTok*, que experimentó una desbordante explosión de popularidad global durante la pandemia por COVID-19, se presenta entonces como una puerta de entrada para comprender procesos globales y problemas y problemáticas puntuales que se expresan en este tipo de plataformas. Las “culturas digitales” actualizan y amplifican en muchos casos dilemas de larga data que en esta oportunidad se concentran en “las narrativas sobre la anatomía humana”. El análisis propuesto tiene como objetivo reflexionar sobre las representaciones en torno a los padecimientos que experimentan las personas, asociados a los trastornos de la imagen corporal, alimentados además por los modelos heteronormativos y estéticos hegemónicos. *TikTok* presenta, como también otras plataformas digitales, la particularidad en la que los usuarios son también productores de contenidos, desde los cuales ponen en escena -entre muchas otras posibilidades- sus experiencias sobre los “trastornos psicológicos”. Estos prosumidores devienen entonces en difusores de muchas de las principales inquietudes de salud psicológica y preocupaciones sobre el cuerpo, transformándose además en “fuentes informales de información” que producen “narrativas no científicas ni técnicas alrededor de la dismorfia corporal”.

El tercer artículo, “Ascensión, sanación y prohibición: dos décadas de peregrinajes al Cerro de la Virgen de Salta” tiene como autora a María Constanza Ceruti. El abordaje etnográfico de la peregrinación al Cerro de la Virgen en la ciudad de Salta (Argentina), combina inquietudes sobre creencias religiosas, prácticas de sanación y una especialidad como la montología. Al trabajar en el terreno con voluntarios, sacerdotes y peregrinos se concentra en las “vivencias ascensionales, las instancias de sanación y las no pocas prohibiciones que forman parte de la experiencia de acercamiento a este emblemático cerro”. Todo ello es colocado en el marco de un ritual de sanación que ha experimentado un crecimiento exponencial en las últimas dos décadas. La autora nos muestra cómo la peregrinación y la ascensión ritual contribuyen a mantener vivo el carácter “sagrado” de esas experiencias que además se imbrican con el pasado precolombino y la sacralidad de los paisajes montañosos andinos. De esa forma, la Ceruti despliega un enfoque etnoarqueológico que considera diferentes variables tales como la movilidad, la temporalidad, “la naturaleza de las actividades”, los participantes y sus diferentes roles, junto con las características

salientes de los espacios utilizados para las actividades rituales. Como fenómeno particular de movilidad religiosa y ritual de sanación, el Cerro de la Virgen de Salta se presenta como lugar privilegiado para pensar fenómenos tales como la religiosidad popular, las movilidades contemporáneas o los procesos rituales de nuestros mundos contemporáneos.

Las reseñas y la traducción condensan en gran medida la apertura temática y disciplinar que define el proyecto de *Aiken*. El texto de Nick Pollard y Dikaios Sakellarioub es una formulación sistemática de dos autores de referencia para la Terapia Ocupacional, disciplina en la que enseñamos y pretendemos hacer nuestro aporte desde la antropología social una buena parte de quienes integramos el grupo de investigación a partir del cual se conformó este proyecto editorial. Los libros reseñados representan enfoques renovadores de la salud pública y colectiva y evidencian el amplio espacio que existe para conocer la historia, los fundamentos conceptuales y los aportes concretos de aquellas profesiones de la salud que exceden el dominio de la medicina.

Bibliografía

- Collins, Randall (2002) *The Sociology of Philosophies. A Global Theory of Intellectual Change*. The Belknap Press: Cambridge.
- Collins, Randall (2004) *Interaction Ritual Chains*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Dukheim, Emile (1912) *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Goffman, Erving (1959) *The Presentation of Self in Everyday Life*. Nueva York: Doubleday.
- Goffman, Erving (1967) *Interaction Ritual*. Nueva York: Doubleday.
- Merton, Robert K. (1949) *Social Theory and Social Structure. Toward the codification of theory and research*. Glencoe, Ill.: Free Press.
- Merton, Robert K. (1968) The Matthew Effect in Science. *Science*, 159 (3810), 56-63.